

LA DISPUTACIÓN DE HEIDELBERG

1518

El hermano Martín Lutero, Maestro en Sagrada Teología, presidirá, y el Hermano Leonhard Beyer, Maestro en Artes y Filosofía, defenderá las siguientes tesis ante los agustinos de esta renombrada ciudad de Heidelberg en el lugar acostumbrado, el 26 de abril de 1518.

TESIS TEOLÓGICAS

Desconfiando completamente de nuestra propia sabiduría, según aquel consejo del Espíritu Santo, “Y no te apoyes en tu propia prudencia”. (**Prov. 3:5**), presentamos humildemente al juicio de todos los que quieran estar aquí estas paradojas teológicas, para que quede bien claro si se han deducido bien o mal de san Pablo, vaso e instrumento especialmente elegido de Cristo, y también de Agustín, su más fiel intérprete.

1. La ley de Dios, la doctrina más saludable de la vida, no puede hacer avanzar al hombre en el camino de la justicia, sino más bien obstaculizarlo.

Esto lo aclara el Apóstol en su carta a los **Romanos 3:21**: “Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas”. San Agustín lo interpreta en su libro ›El Espíritu y la Letra‹ (*De Spiritu et Littera*): “Sin la ley, es decir, sin su apoyo”. En **Rom. 5:20** el Apóstol afirma, “Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase”, y en **Rom. 7:9** añade: “pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí “. Por eso llama a la ley “ley de muerte” y “ley de pecado” en **Rom. 8:2**. De hecho, en **2 Cor. 3:6** dice, “porque la letra mata”, lo que San Agustín a lo largo de su libro ›El Espíritu y la Letra‹ entiende aplicado a toda ley, incluso a la ley más santa de Dios.

2. Mucho menos las obras humanas, que se hacen una y otra vez con la ayuda de preceptos naturales, por así decirlo, pueden conducir a ese fin.

Ya que la ley de Dios, que es santa e inmaculada, verdadera, justa, etc., es dada por Dios al hombre como una ayuda más allá de sus fuerzas naturales para iluminarlo y moverlo a hacer el bien, y sin embargo sucede lo contrario, a saber , que se vuelve más malvado, ¿cómo puede él, abandonado a su propio poder y sin tal ayuda, ser inducido a hacer el bien? Si una persona no hace el bien con la ayuda de afuera, menos lo hará con su propia fuerza. Por eso el Apóstol, en **Rom. 3:10-12**, llama corruptos e impotentes a todos los que no entienden ni buscan a Dios, porque todos, dice, se han descarriado.

3. Aunque las obras del hombre siempre parecen atractivas y buenas, es probable que sean pecados mortales.

Las obras humanas parecen atractivas por fuera, pero por dentro son inmundas, como dice Cristo acerca de los fariseos en **Mat. 23:27**. Porque al que las hace les parecen buenas y a los demás hermosas, pero Dios no juzga según las apariencias, sino que escudriña “la mente y el corazón”(**Sal. 7:9**). Porque sin gracia y fe es imposible tener un corazón puro. **Hch. 15:9**: “Él purificó nuestros corazones por la fe”. La tesis se prueba de la siguiente manera: Si las obras de los justos son pecados, como dice la Tesis 7 de esta disputa, mucho más lo son las obras de los que no son justos. Pero los justos hablan en nombre de sus obras de la siguiente manera: “No entres en juicio con tu siervo; porque no se justificará delante de ti ningún ser humano”. (**Sal. 143:2**). El Apóstol habla igualmente en **Gál. 3:10**, “Todos los que confían en las obras de la ley están bajo maldición”. Pero las obras de los hombres son las obras de la ley, y la maldición no recaerá sobre los pecados veniales. Luego son pecados mortales. En tercer lugar, **Rom. 2:21** dice: “Tú que enseñas a otros a no robar, ¿robas?” San Agustín interpreta esto en el sentido de que los hombres son ladrones según su conciencia culpable, incluso si juzgan o reprenden públicamente a otros ladrones.

4. Aunque las obras de Dios son siempre poco atractivas y parecen malas, sin embargo son realmente méritos eternos...

Que las obras de Dios son poco atractivas está claro por lo que se dice en **Isa. 53:2**, “no hay parecer en él, ni hermosura”, y en **1 Sam. 2:6**, “El Señor mata y da vida; hace descender al Seol y hace subir”. Esto se entiende como que el Señor nos humilla y nos atemoriza por medio de la ley y de la vista de nuestros pecados, de modo que parecemos a los ojos de los hombres, como a los nuestros, como nada. , insensatos y malvados, porque en verdad somos eso. En la medida en que reconocemos y confesamos esto, no hay “forma o belleza” en nosotros, sino que nuestra vida está escondida en Dios (es decir, en la mera confianza en su misericordia), no encontrando en nosotros más que pecado, locura, muerte e infierno. , según aquel versículo del Apóstol en **2 Cor. 6:9-10**, “Como entristecidos, pero siempre gozosos; como muriendo, y he aquí que vivimos”. Y eso es lo que **Isaías 28:21** llama la “obra ajena” de Dios “para hacer su obra”(es decir, nos humilla profundamente, haciéndonos desesperar, para exaltarnos en su misericordia, dándonos esperanza), así como **Hab. 3:2** dice: “En la ira acuérdate de la misericordia”. Tal hombre, por tanto, está disgustado con todas sus obras; no ve belleza, sino sólo su depravación. De hecho, también hace cosas que parecen tontas y repugnantes para los demás. Esta depravación, sin embargo, surge en nosotros cuando Dios nos castiga o cuando nos acusamos a nosotros mismos, como **1 Cor. 11:31** dice: “Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados;”. también dice: “Porque Jehová juzgará a su pueblo, y por amor de sus siervos se arrepentirá”. De esta manera, por consiguiente, las obras indecorosas que Dios hace en nosotros, es decir, en los que somos humildes y piadosos, son realmente eternas, porque la humildad y el temor de Dios son todo nuestro mérito.

5. Las obras de los hombres no son, pues, pecados mortales (hablamos de obras aparentemente buenas), como si fueran delitos.

Porque los delitos son actos que también pueden ser condenados ante los hombres, como el adulterio, el robo, el homicidio, la calumnia, etc. Los pecados mortales, en cambio, son los que

parecen buenos pero son esencialmente frutos de una raíz mala y de un árbol malo. . Agustín afirma esto en el cuarto libro de ›Contra Juliano‹ (*Contra Julianum*).

6. Las obras de Dios (hablamos de las que hace por medio del hombre) no son, pues, méritos, como si no tuvieran pecado.

En **Eclesiastés 7:20**, leemos: “Ciertamente no hay justo en la tierra que haga el bien y nunca peque”. A este respecto, sin embargo, algunas personas dicen que el justo peca, pero no cuando hace el bien. Pueden ser refutados de la siguiente manera: Si eso es lo que quiere decir este versículo, ¿por qué desperdiciar tantas palabras? ¿O al Espíritu Santo le gusta entregarse a balbuceos locuaces y tontos? Pues este sentido quedaría entonces adecuadamente expresado por lo siguiente: “No hay justo en la tierra que no peque”. ¿Por qué añade “el que hace el bien”, como si fuera justo otro que hace el mal? Porque nadie, excepto el justo, hace el bien. Sin embargo, cuando habla de pecados fuera del ámbito de las buenas obras, habla así (**Prov. 24:16**): “Porque siete veces cae el justo”. Aquí no dice: El justo cae siete veces al día. cuando hace el bien. Esta es una comparación: si alguien corta con un hacha oxidada y áspera, aunque el trabajador sea un buen artesano, el hacha deja tajos malos, dentados y feos. Así es cuando Dios obra a través de nosotros.

7. Las obras de los justos serían pecados mortales si no fueran temidas como pecados mortales por los propios justos por el temor piadoso de Dios.

Esto se desprende claramente de la Tesis 4. Confiar en las obras, que se deben hacer con temor, equivale a darse el honor y quitárselo a Dios, a quien se debe el temor en relación con toda obra. Pero esto es completamente erróneo, a saber, complacerse a uno mismo, disfrutar de uno mismo en las obras de uno y adorarse a sí mismo como un ídolo. Sin embargo, quien tiene confianza en sí mismo y no teme a Dios, actúa enteramente de esta manera. Porque si tuviera miedo, no estaría seguro de sí mismo, y por eso no estaría complacido consigo mismo, sino que estaría complacido con Dios. En segundo lugar, se desprende de las palabras del salmista (**Sal. 143:2**), “No entres en juicio con tu siervo”, y **Sal. 32:5**, “Dije: Confesaré mis transgresiones al Señor”, etc. Pero que estos no son pecados veniales es claro porque estos pasajes afirman que la confesión y el arrepentimiento no son necesarios para los pecados veniales. Si, por tanto, son pecados mortales y “todos los santos interceden por ellos”, como se dice en el mismo lugar, entonces las obras de los santos son pecados mortales. Pero las obras de los santos son buenas obras, por lo que sólo les son meritorias por el temor de su humilde confesión. En tercer lugar, está claro en el Padrenuestro, “Perdónanos nuestras ofensas”(**Mat. 6:12**). Esta es una oración de los santos, por lo tanto, esas ofensas son buenas obras por las cuales oran. Pero que estos son pecados mortales se desprende claramente del siguiente versículo, “Si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro padre os perdonará vuestras ofensas”(**Mat. 6:15**). Tenga en cuenta que estas transgresiones son tales que, si no se perdonan, los condenarían, a menos que recen esta oración con sinceridad y perdonen a los demás. En cuarto lugar, queda claro en **Apocalipsis 21:27**, “Nada inmundo entrará en él”(el reino de los cielos). Pero todo lo que impide la entrada al reino de los cielos es pecado mortal (o habría que interpretar el concepto de “pecado mortal”de otra manera). El pecado venial, sin embargo, estorba porque ensucia el alma y no tiene lugar en el

reino de los cielos. En consecuencia, etc. En efecto, son crímenes las obras de las que pueden acusar los hombres: el adulterio, los robos, homicidios, perjuicios, etc. Pero son mortales las obras que parecen buenas y que, sin embargo, interiormente son frutos de una raíz y de un árbol malo. Agustín afirma esto en el cuarto libro de «Contra Juliano» (*Contra Julianum*).

8. Mucho más son pecados mortales las obras del hombre cuando se hacen sin temor y con una seguridad propia sin adulterar y malvada.

La inevitable deducción de la tesis anterior es clara. Porque donde no hay temor no hay humildad. Donde no hay humildad hay soberbia, y donde hay soberbia está la ira y el juicio de Dios,” porque Dios se opone a los altivos. De hecho, si el orgullo cesara, no habría pecado en ninguna parte.

9. Decir que las obras sin Cristo están muertas, pero no mortales, parece constituir una peligrosa rendición del temor de Dios.

Porque de esta manera se hacen los hombres seguros de sí mismos y, por consiguiente, orgullosos, lo que es peligroso. De esta forma se le resta a Dios su gloria debida y redundante sobre uno mismo, cuando es necesario emplear el mayor celo y prisa para que cuanto antes le sea tributada su gloria. Por eso aconseja la Escritura: “No te tardes en volverte a tu Señor”. En efecto, si ofende a Dios quien le sustrae su gloria, cuánto más le ofenderá el que persiste en robársela y lo hace con seguridad. Porque todo aquel que no está en Cristo o se aparta de él le está sustrayendo su gloria, como es notorio.

10. En efecto, es muy difícil ver cómo una obra puede estar muerta y al mismo tiempo no ser un pecado nocivo y mortal.

Esto lo pruebo de la siguiente manera: la Escritura no habla de cosas muertas de tal manera, afirmando que algo no es mortal que sin embargo está muerto. De hecho, tampoco la gramática, que dice que “muerto” es un término más fuerte que “mortal”. Pues los gramáticos llaman obra mortal a la que mata, obra “muerta” no a la que ha sido muerta, sino a la que no está viva. Pero Dios desprecia lo que no tiene vida, como está escrito en **Prov. 15:8**, “El sacrificio de los impíos es abominación a Jehová”. Segundo, la voluntad debe hacer algo con respecto a tal obra muerta, a saber, amarla u odiarla. La voluntad no puede odiar una obra muerta ya que la voluntad es mala. Luego la voluntad ama la obra muerta, y por eso ama algo muerto. En ese acto mismo induce así una mala obra de la voluntad contra Dios a quien debe amar y honrar en este y en todos los actos.

11. No se puede evitar la arrogancia ni estar presente la verdadera esperanza a menos que se tema el juicio de condenación en toda obra.

Esto se desprende claramente de la Tesis 4. Porque es imposible confiar en Dios a menos que uno se haya desesperado de todas las criaturas y uno este convencido que nada puede aprovecharse sin Dios. Puesto que no hay persona que tenga esta esperanza pura, como arriba

dijimos, y puesto que todavía tenemos alguna confianza en la criatura, es claro que debemos, por la impureza en todas las cosas, temer el juicio de Dios. Así debe evitarse la arrogancia, no sólo en el trabajo, sino también en la inclinación, es decir, debe desagradarnos tener todavía confianza en la criatura.

12. A los ojos de Dios, los pecados son verdaderamente veniales cuando los hombres los temen como mortales.

Esto queda suficientemente claro por lo que se ha dicho. Por cuanto nos acusamos a nosotros mismos, tanto nos perdona Dios, según el versículo “Hazme recordar, entremos en juicio juntamente; habla tú para justificarte”. (Isa. 43:26), y según otro (Sal 141:4), “No dejes que se incline mi corazón a cosa mala, a hacer obras impías”.

13. El libre albedrío, después de la caída, existe sólo de nombre, y mientras hace lo que puede hacer, comete pecado mortal.

El punto primero es evidente: el libre albedrío está cautivo y reducido a servidumbre a causa del pecado; no es que no exista, sino que no es libre salvo para el mal. Según Juan 8:34:36, “Todo aquel que practica el pecado, es esclavo del pecado”. “Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres”. Por eso San Agustín dice en su libro ›El Espíritu y la Carta‹: “Sin la gracia, el libre albedrío no puede sino pecar”; y en el segundo libro de ›Contra Julián‹, “Tú llamas a la voluntad libre, pero en realidad es una voluntad esclava,” y en muchos otros lugares. La segunda parte se desprende de lo dicho anteriormente y del versículo de Ose. 13:9, “Te perdiste, oh Israel, mas en mí está tu ayuda”, y de pasajes similares.

14. El libre albedrío, después de la caída, tiene poder para hacer el bien solo en una capacidad pasiva, pero siempre puede hacer el mal en una capacidad activa.

Una ilustración aclarará el significado de esta tesis. Así como un hombre muerto puede hacer algo por la vida sólo en su capacidad original (*in vitam solum subiective*), también puede hacer algo por la muerte de manera activa mientras vive. El libre albedrío, sin embargo, está muerto, como lo demuestran los muertos que el Señor ha resucitado, como dicen los santos maestros de la iglesia. San Agustín, además, prueba esta misma tesis en sus diversos escritos contra los pelagianos.

15. El libre albedrío tampoco podía permanecer en estado de inocencia, y mucho menos hacer el bien, en una capacidad activa, sino sólo en su capacidad pasiva (*subiectiva potentia*).

El maestro de las sentencias (Pedro Lombardo, libro 2, párrafo 24, cap. 1), citando a Agustín, afirma: “Por estos testimonios se demuestra evidentemente que el hombre recibió una naturaleza justa y una buena voluntad cuando fue creado, y también la ayuda por medio de la cual pudo prevalecer. De lo contrario, parecería como si no hubiera caído por su propia culpa”. Habla de la capacidad activa (*potentia activa*), lo que obviamente es contrario a la opinión de Agustín en su libro ›Sobre la reprensión y la gracia‹ (*De Correptione et Gratia*), donde este último lo expresa

de esta manera: “Recibió la capacidad de obrar, si así lo quiso, pero no tuvo la voluntad por medio de la cual podía obrar”. Por “capacidad de obrar” se entiende la capacidad original (*potentia subiectiva*), y por “voluntad por medio de la cual pudo”, la capacidad activa (*potentia activa*). La segunda parte (de la tesis), se deduce suficientemente de la misma distinción del maestro.

16. El hombre que piensa poseer la voluntad de lograr la gracia a base de hacer lo que de él depende, añade al pecado otro pecado y se hace doblemente culpable.

Sobre la base de lo dicho, es claro lo siguiente: Mientras una persona hace lo que está en ella, peca y se busca a sí misma en todo. Pero si supusiera que por el pecado llegaría a ser digno o preparado para la gracia, añadiría a su pecado una altanería y no creería que el pecado es pecado y el mal es mal, que es un pecado muy grande. Como **Jer. 2:13** dice: “Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua”, Es decir, por el pecado se han alejado de mí, y a pesar de todo pretenden hacer el bien por sí mismos. Ahora preguntas: ¿Qué haremos entonces? ¿Seguiremos nuestro camino con indiferencia porque no podemos hacer nada más que pecar? Yo respondería: De ninguna manera. Pero, habiendo oído esto, postraos y orad por la gracia y poned vuestra esperanza en Cristo en quien está nuestra salvación, vida y resurrección. Por eso somos tan instruidos, por eso la ley nos hace conscientes del pecado para que, reconociendo nuestro pecado, busquemos y recibamos la gracia. Así Dios “da gracia a los humildes”(1 **Ped. 5:5**), y “el que se humilla será enaltecido”(Mat. **23:12**). La ley humilla, la gracia exalta. La ley produce temor e ira, la gracia produce esperanza y misericordia. Por la ley viene el conocimiento del pecado (**Rom. 3:20**), por el conocimiento del pecado, sin embargo, viene la humildad, y por la humildad se adquiere la gracia. Así, una acción que es ajena a la naturaleza de Dios (*opus alienum dei*) resulta en una obra que pertenece a su misma naturaleza (*opus proprium*): hace a una persona pecador para que pueda hacerla justa.

17. Hablar así no es motivo de desesperación, sino de suscitar el deseo de humillarse y buscar la gracia de Cristo.

Se deduce claramente de lo que se ha dicho, porque, según el evangelio, el reino de los cielos es dado a los niños y a los humildes (**Mar. 10:14-16**), y Cristo los ama. No pueden ser humildes quienes no reconocen que son condenables cuyo pecado apesta hasta las alturas. El pecado se reconoce sólo a través de la ley. Es evidente que no se predica desesperación, sino más bien esperanza, cuando se nos dice que somos pecadores. Tal predicación acerca del pecado es una preparación para la gracia, o más bien es el reconocimiento del pecado y la fe en tal predicación. El anhelo de gracia surge cuando surge el reconocimiento del pecado. Un enfermo busca al médico cuando reconoce la gravedad de su enfermedad. Por lo tanto, no se da motivo para la desesperación o la muerte diciéndole a una persona enferma sobre el peligro de su enfermedad, sino que, en efecto, se le insta a buscar una cura médica. Decir que no somos nada y pecamos constantemente cuando hacemos lo mejor que podemos no significa que hagamos que la gente se desespere (a menos que seamos tontos); mas bien, sirve para despertar el deseo de la gracia de nuestro Señor Jesucristo.

18. Es cierto que el hombre debe desesperarse por completo de su propia capacidad antes de estar preparado para recibir la gracia de Cristo.

La ley quiere que el hombre se desespere de su propia capacidad, porque “lo lleva al infierno” y “lo hace pobre” y le muestra que es pecador en todas sus obras, como lo hace el Apóstol en **Rom. 2 y 3:9**, donde dice: “Ya he dicho que todos los hombres están bajo el poder del pecado”. Sin embargo, el que actúa simplemente de acuerdo con su capacidad y cree que con ello está haciendo algo bueno, no parece despreciable a sí mismo, ni desespera de su propia fuerza. De hecho, es tan presuntuoso que lucha por la gracia confiando en su propia fuerza.

19. No merece ser llamado teólogo quien considera las cosas “invisibles” de Dios como si fueran claramente “perceptibles en las cosas que realmente han sucedido”(Rom 1, 20; cf. 1 Cor 1, 21- 25).

Esto es evidente en el ejemplo de aquellos que eran “teólogos” y todavía fueron llamados “necios” por el Apóstol en **Rom. 1:22**. Además, las cosas invisibles de Dios son la virtud, la piedad, la sabiduría, la justicia, la bondad, etc. El reconocimiento de todas estas cosas no hace a nadie digno ni sabio.

20. Sin embargo, merece ser llamado teólogo quien comprende las cosas visibles y manifiestas de Dios vistas a través del sufrimiento y de la cruz.

Las cosas manifiestas y visibles de Dios se oponen a las invisibles, es decir, su naturaleza humana, debilidad, insensatez. El Apóstol en **1 Cor. 1:25** los llama la debilidad y la locura de Dios. Debido a que los hombres abusaron del conocimiento de Dios a través de las obras, Dios quiso nuevamente ser reconocido en el sufrimiento, y condenar la “sabiduría acerca de las cosas invisibles” por medio de la “sabiduría acerca de las cosas visibles”, para que aquellos que no honraban a Dios como se manifestaba en sus obras deben honrarlo porque está escondido en su sufrimiento (*absconditum in passionibus*). Como dice el Apóstol en **1 Cor. 1:21**, “Porque ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación”. de nada le sirve reconocer a Dios en su gloria y majestad, si no lo reconoce en la humildad y vergüenza de la cruz. Así destruye Dios la sabiduría de los sabios, como dice **Isa. 45:15** dice: “Verdaderamente eres un Dios que te escondes”. Así también, en **Jua. 14:8**, donde Felipe habló según la teología de la gloria: “Muéstranos al Padre”. pensó en ver a Dios en otra parte y lo llevó a sí mismo, diciendo: “Felipe, el que me ha visto a mí, ha visto al Padre”(Jua. 14:9). Por eso la verdadera teología y el reconocimiento de Dios están en Cristo crucificado, como también dice Juan 10 (**Jua. 14:6**) “Nadie viene al Padre, sino por mí”. “Yo soy la puerta”(Jua. 10:9), y así sucesivamente.

21. Una teología de la gloria llama al mal bien y al bien mal. Una teología de la cruz llama a la cosa lo que realmente es.

Es evidente: quien no conoce a Cristo no conoce a Dios escondido en el sufrimiento. Por eso prefiere las obras al sufrimiento, la gloria a la cruz, la fuerza a la debilidad, la sabiduría a la necedad y, en general, el bien al mal. Estas son las personas a las que el apóstol llama “enemigos de la cruz de Cristo”(Fil. 3:18), porque aborrecen la cruz y el sufrimiento y aman las obras y la gloria de las obras. Así llaman mal al bien de la cruz y bien al mal de la obra. Dios sólo se encuentra en el sufrimiento y en la cruz, como ya se ha dicho. Por eso dicen los amigos de la cruz que la cruz es buena y las obras malas, porque por la cruz las obras son destronadas y el “viejo Adán”, que es especialmente edificado por las obras, es crucificado. Es imposible que una persona no se envanezca con sus “buenas obras” a menos que primero haya sido desinflada y destruida por el sufrimiento y el mal hasta que sepa que no vale nada y que sus obras no son suyas sino de Dios.

22. Esa sabiduría que ve las cosas invisibles de Dios en las obras tal como las percibe el hombre está completamente hinchada, ciega y endurecida.

Esto ya se ha dicho. Como los hombres no conocen la cruz y la odian, necesariamente aman lo contrario, es decir, la sabiduría, la gloria, el poder, etc. Por lo tanto, se vuelven cada vez más ciegos y endurecidos por tal amor, porque el deseo no puede ser satisfecho con la adquisición de las cosas que desea. Así como el amor al dinero crece en proporción al aumento del dinero mismo, así la hidropesía del alma se vuelve más sedienta cuanto más bebe, como dice el poeta: “Cuanta más agua beben, más sed tienen de ella”. El mismo pensamiento se expresa en **Eclesiastes 1:8**: “No se sacia el ojo de ver, ni el oído de oír”. Esto vale para todos los deseos. Así también el deseo de conocimiento no se satisface con la adquisición de sabiduría sino que se estimula mucho más. Asimismo, el deseo de gloria no se satisface con la adquisición de la gloria, ni el deseo de gobernar se satisface con el poder y la autoridad, ni el deseo de alabanza se satisface con la alabanza, y así sucesivamente, como muestra Cristo en **Juan 4:13**, donde dice: “Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed”. El remedio para curar el deseo no está en satisfacerlo, sino en extinguirlo. En otras palabras, quien desea volverse sabio no busca la sabiduría progresando hacia ella, sino que se vuelve necio retrocediendo hacia la búsqueda de la “locura”. Asimismo, el que quiera tener mucho poder, honor, placer y satisfacción en todas las cosas, debe huir antes que buscar poder, honor, placer y satisfacción en todas las cosas. Esta es la sabiduría que es locura para el mundo.

23. La “ley trae la ira” de Dios (Rom. 4:15), mata, injuria, acusa, juzga y condena todo lo que no está en Cristo.

Así **Gál. 3:13** dice, “Cristo nos redimió de la maldición de la ley”; y: “Porque todos los que confían en las obras de la ley están bajo maldición”(Gálatas 3:10); y **Rom. 4:15**: “Porque la ley trae ira”; y **Rom. 7:10**: “El mismo mandamiento que prometía vida resultó ser mi muerte”; **Rom. 2:12**: “Todos los que sin ley pecaron, sin ley también perecerán”. Por tanto, el que se jacta de ser sabio y entendido en la ley, se jacta en su confusión, en su condenación, en la ira de Dios, en la muerte. Como **Rom. 2:23** dice: “Ustedes que se jactan en la ley”.

24. Sin embargo, esa sabiduría no es mala en sí misma, ni debe evadirse la ley; pero sin la teología de la cruz el hombre abusa de lo mejor de la peor manera.

De hecho, “la ley es santa”(Rom. 7:12), “todo don de Dios es bueno”(1 Tim. 4:4), y “todo lo creado es muy bueno”, como en Gén. 1:31. Pero, como se dijo anteriormente, el que no ha sido abatido, reducido a nada por la cruz y el sufrimiento, se atribuye las obras y la sabiduría y no da crédito a Dios. De este modo abusa y profana los dones de Dios. Pero el que se ha despojado de sí mismo (cf. Fil. 2:7) por medio del sufrimiento, ya no hace obras, sino que sabe que Dios obra y hace todas las cosas en él. Por eso, tanto si Dios hace obras como si no, le da lo mismo. Ni se jacta si hace buenas obras, ni se turba si Dios no hace buenas obras a través de él. Sabe que le basta sufrir y ser abatido por la cruz para ser anulado aún más. Es esto lo que Cristo dice en Jua. 3:7: “Os es necesario nacer de nuevo”. Morir, digo, significa sentir la muerte presente.

25. No es justo quien obra muchas cosas, sino el que, sin obras, cree mucho en Cristo.

Porque la justicia de Dios no se adquiere por medio de actos que se repiten con frecuencia, como enseñó Aristóteles, sino que se imparte por la fe, porque “el justo por la fe vivirá”(Rom. 1:17), y “Porque con el corazón se cree para justicia...” (Rom. 10:10). Por lo tanto, quiero que las palabras “sin obras”se entiendan de la siguiente manera: No que el justo no haga nada, sino que sus obras no lo hacen justo, sino que su justicia crea obras. Porque la gracia y la fe se infunden sin nuestras obras. Después de haber sido impartidas, siguen las obras. Así Rom. 3:20 declara, “Ningún ser humano será justificado delante de Él por las obras de la ley,” y, “Porque decimos que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley”(Rom. 3:28). En otras palabras, las obras no contribuyen en nada a la justificación. Por lo tanto, el hombre sabe que las obras que hace con tal fe no son suyas, sino de Dios. Por eso no busca ser justificado o glorificado por ellos, sino que busca a Dios. Le basta su justificación por la fe en Cristo. Cristo es su sabiduría, justicia, etc., como dice 1 Cor 1:30, para que él mismo sea vaso e instrumento de Cristo (*operatio seu instrumentum*).

26. La ley dice, “haz esto”, y nunca se hace. La gracia dice, “cree en esto”, y ya está todo hecho.

La primera parte se desprende de lo dicho por el Apóstol y su intérprete, San Agustín, en muchos lugares. Y se ha dicho con suficiente frecuencia anteriormente que la “ley” “obra ira” y mantiene a todos los hombres bajo maldición. La segunda parte es clara de las mismas fuentes, porque la fe justifica. Y la ley (dice San Agustín) manda lo que la fe obtiene. Porque por la fe Cristo está en nosotros, en verdad, es uno con nosotros. Cristo es justo y ha cumplido todos los mandamientos de Dios, por lo cual también nosotros cumplimos todo por medio de él, ya que él fue hecho nuestro por medio de la fe.

27. En realidad, uno debería llamar a la obra de Cristo una obra actuante (*operans*) y nuestra obra una obra cumplida (*operatum*), y por lo tanto una obra cumplida que agrada a Dios por la gracia de la obra actuante.

Puesto que Cristo vive en nosotros por la fe, nos estimula a hacer buenas obras por esa fe viva en su obra, porque las obras que él hace son el cumplimiento de los mandamientos de Dios que nos ha dado por la fe. Si las miramos nos sentimos impulsados a imitarlas. Por eso dice el Apóstol: “Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados”(Efe. 5:1). Así, las obras de misericordia son suscitadas por las obras por las que él nos ha salvado, como dice San Gregorio: “Cada acto de Cristo es para nosotros instrucción, más aún, un estímulo”. Si sus hechos están en nosotros, él vive por la fe, pues es sumamente atrayente según el verso, “Atráeme; en pos de ti correremos”(Can. 1:4) hacia la fragancia “de tu ungüento derramado” (Can. 1:3), es decir, “tus obras”.

28. El amor de Dios no encuentra, sino que crea, lo que le agrada. El amor del hombre surge a través de lo que le agrada.

La segunda parte es clara y es aceptada por todos los filósofos y teólogos, pues el objeto del amor es su causa, suponiendo, según Aristóteles, que toda potencia del alma es pasiva y material y activa sólo en recibir algo. Así también se demuestra que la filosofía de Aristóteles es contraria a la teología porque en todas las cosas busca lo que le es propio y recibe en lugar de dar algo bueno. La primera parte es clara porque el amor de Dios que vive en el hombre ama a los pecadores, a los malos, a los necios ya los débiles para hacerlos justos, buenos, sabios y fuertes. En lugar de buscar su propio bien, el amor de Dios brota y otorga el bien. Luego los pecadores son “atractivos” porque son amados; no son amados porque son “atractivos”: Por eso el amor del hombre evita a los pecadores y a las personas malas. Así dice Cristo: “Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores”(Mat. 9:13). Este es el amor de la cruz, nacido de la cruz, que se vuelve hacia donde no encuentra el bien del que puede gozar, pero donde puede conferir el bien al malo y al necesitado. “Más bienaventurado es dar que recibir”(Hch. 20:35), dice el Apóstol. Por lo tanto Sal. 41:1 dice: “Bienaventurado el que piensa en los pobres”, porque el intelecto por naturaleza no puede comprender un objeto que no existe, que es la persona pobre y necesitada, sino solo una cosa que existe, que es el verdadero y bien. Por lo tanto, juzga según las apariencias, hace acepción de personas y juzga según lo que se ve, etc.

BREVE RESEÑA

Siguiendo la propuesta de Lutero de una disputa sobre el tema de las indulgencias, la Orden Agustiniana, a la que pertenecía Lutero, en general apoyó sus puntos de vista. El jefe de la orden en Alemania, Johannes Staupitz, pidió una disputa formal a la que asistiera el liderazgo de la orden, en la que Lutero tendría la oportunidad de ampliar su preocupación. La disputa tuvo lugar en la reunión de la Orden de los Agustinos, en Heidelberg, en abril de 1518. Los oponentes de Lutero tenían la esperanza de que Lutero fuera silenciado, pero Staupitz quería darle a Lutero una audiencia justa, ya que en general simpatizaba con las opiniones de Lutero. En la reunión, Lutero presentó una “teología de la cruz” en oposición a una “teología de la gloria”. La disputa es, en muchos sentidos, más significativa que las 95 tesis, ya que promovieron la creciente comprensión de Lutero de que la teología del catolicismo romano medieval tardío estaba fundamental y

esencialmente en desacuerdo con la teología bíblica. Como resultado de la disputa, John Eck propuso un debate entre él y los representantes de las opiniones de Lutero, que se llevó a cabo en Leipzig de junio a julio de 1519.

Lutero escribió las tesis de su Disputa de Heidelberg como una explicación de su enseñanza y método teológico. Los presentó a una reunión de compañeros monjes agustinos. Algunos, como Martín Bucer, el reformador posterior de Estrasburgo, fueron muy influenciados por la presentación de la ley y el Evangelio de Lutero. Algunos estaban menos entusiasmados. En última instancia, sin embargo, encontramos en la Disputa de Heidelberg la raíz y el núcleo de la teología de Lutero, que él construiría y expondría a lo largo de su vida. Aquí Lutero se acercó a sus hermanos con la intención expresa de explicar lo que lo había tomado cautivo y lo estaba obligando a confesar. Al hacerlo, dejó un testimonio y una confesión poderosos para los herederos de la Reforma de hoy, siendo igual de conmovedores y oportunos ahora. Se puede decir mucho acerca de un teólogo por la forma en que reacciona ante la Disputa de Heidelberg, este trabajo revolucionario sobre la ley y el Evangelio, la fe y las obras, la teología de la cruz y de la gloria. Con declaraciones breves, sencillas pero profundas, con notable precisión dada su fecha temprana, Lutero expone la locura de la religión y la religiosidad creadas por el hombre y establece a Cristo como el centro y fundamento de toda enseñanza y predicación cristiana. Derriba la escalera de obras por la que tantos han aspirado o aún aspiran a llegar al cielo con diversos grados de asistencia divina e insiste en que la salvación es solo un regalo, dado, no ganado, a través de la fe, no por la ambición humana, la filosofía, o esquemas. Sí, su pensamiento se desarrolló aún más después de esto, como se señaló anteriormente. Sí, algunas de sus posiciones se volvieron más matizadas o quizás más precisas, pero, en última instancia, encontramos aquí el latido de la teología de la Reforma: Cristo crucificado por los pecadores, recibido por la fe, el don de Dios, por gracia, inmerecido y no pedido.

Pocos de los escritos de Lutero son tan lúcidos y accesibles para todos y cada uno de los laicos en nuestros días con un vocabulario religioso básico. Y sin embargo, a pesar de todo, pocos contienen también tanta profundidad en tan pocas palabras. Al igual que el Evangelio de Juan, escrito en griego sencillo y, sin embargo, lleno de significado y profundidad, la Disputa de Heidelberg de Lutero brinda a los cristianos una vida de verdad, esperanza y libertad del Evangelio para reflexionar, disfrutar y compartir.

© Traducido por Escuela de Evangelismo.
www.escueladeevangelismo.com